

Miguel Florián, Adermia

Miguel Florián nació en Ocaña (Toledo) en 1953, pasó su infancia y juventud en Madrid, vive en Andalucía desde hace veinticuatro años. Inició estudios de Medicina que abandonó más tarde. Se licenció en Filosofía Pura. Actualmente trabaja como profesor de dicha disciplina en el Instituto 'Murillo' de Sevilla.

Compagina la crítica literaria con la labor poética colaborando habitualmente en publicaciones especializadas. Ha traducido a diversos poetas franceses y portugueses. Libros suyos han recibido diferentes galardones, entre los que destacan el Premio "Jaime Gil de Biedma", el Premio Nacional de Poesía "San Juan de la Cruz", el Premio Internacional de Poesía "Claudio Rodríguez", el Premio de poesía 'Cáceres, patrimonio de la humanidad', accésit al Premio Iberoamericano "Juan Ramón Jiménez"...

Ha publicado los siguientes poemarios: Los mares, las memorias (Madrid, 1992), Anteo (Huelva, 1994), Lluvias (Ávila, 1995), Los días y los pájaros (Zamora, 1996), Memoria común (León, 1998), Mar último (Sevilla, 2000), Cuerpos (Sevilla, 2001), Habitación 328 y otros poemas (Madrid, 2001)

ADERMIA

COMO JIBIAS abiertas en la arena junto a la espuma repetida del mar, como medusas abandonadas en la frontera vacía de las manos.

El perfil solamente, la línea de unos labios que se inclinan.

UN CUERPO SE DERRUMBA, azul, sobre mis labios. Y lo recorro incierto.

Indago sus murmullos de océano profundo,

de lumbre que me entibia.

LA TARDE ES AHORA GRIS. Y las horas se esconden, se diluyen.

Siempre estuvimos en este instante inmóvil, en este *ahora* turbio donde la lámpara y el ladrido del perro se confunden.

COMO SI FUERAS UNA FRUTA densa de jugos, henchida de promesas, los dientes descienden a los confines de la pulpa, recogen los pétalos de un azahar muy profundo, y lo mastican. Savias reblandecidas por rocíos, escarchas como el hálito inmóvil de la muerte.

Despojados, los cuerpos abandonan sus límites, brotan de adentro confundidos en su premura, en su urgencia vegetal de luz. No reconoce el ojo la figura que amó: vacilante, se escapa, se arquea la mirada. El tacto no encuentra superficie, sólo agua sin fondo que sabe a sal y a légamo, sólo un acero inmóvil que respira debajo de la sangre. Y la hojarasca cede, y se abre, y regresa.

ECOS ERAN DE AVES, o de labios quizá. Jazmines alzándose hasta dar en pupilas despojadas. Mimosas y naranjos, largos juncos y mimbres, y calas que se abrían cada tarde.

Y el olor del membrillo.

El mundo circundaba la inocente levedad de los días.

(Como una flor tu cuerpo. Como un ave, tu cuerpo. Tan real, tan denso, tan lejano.)

(*La muerte en la mirada*)

ALREDEDOR DE TUS OJOS abiertos, como mancha de luz, difuminada, se te derrama el cuerpo.

CON LOS OJOS CERRADOS, una mujer nos mira.

Tememos su palabra, el signo que se graba sobre la superficie amenazante de las aguas.

Una mujer desnuda que sostiene un espejo vacío entre las manos.

UNO QUÉ VA A SABER por qué estos árboles le pertenecen, o la música áspera que deja el viento entre las piedras, o el tumulto de sangres que nos cubren.

Nostalgia de una vida muy confusa, de un tiempo silencioso donde las manos urden presagios y madréporas.

Mejor no haber sabido nada. Abandonarse al agua, mirar el oleaje mineral del instante.

COBIJAN OTRA LUZ adentro de su sombra.

Me observan desde un tiempo imposible, desde un fanal de edades apagadas, tras el azogue turbio de otro sueño,

(y me envuelve el rumor opaco de su aliento, su río que se agranda, la espuma de sus líquenes, el espliego...)

Desde el umbral brevísimo del vidrio oigo su voz inmóvil.

AQUEL BUCLE, ESTE BRAZO, el atisbo de un seno que inmóvil se sitúa en medio de la tarde, y llena de tristeza el universo.

Son aves, palomas desbastadas (con sus alas de arena que cercan la memoria.)

Son caprichos del tiempo –celadas de los siglos- que traman su destino en el alma del hombre.

(poema publicado en www.pliegosdeopinion.net , revista 1-segunda etapa-primavera 2002)